



Céfalo y Pocris

Ciertamente, son numerosas las consideraciones que el buen aficionado al teatro, el experto catador de productos dramáticos deliciosos y excepcionales, está hallando al valorar estos días la comedia burlesca calderoniana *Céfalo y Pocris* como una muestra teatral de infrecuente calidad. Entre aquéllas, cuenta sin duda, y mucho, la definitiva incorporación de la pieza al repertorio de la compañía que la pone en escena tras un ciclo de representaciones, tan itinerantemente variadas cuanto exitosas, que viene durando ya un año completo. Más aún, el Teatro Estudio de Alcalá, compañía de la Universidad, ha conformado de alguna manera sus objetivos dramáticos y sus modos de formación y de trabajo escénico en torno a una reciente especialización en piezas clásicas de excepcional calidad -entre las que se cuenta también *La entretenida* cervantina-, al tiempo que ha impregnado con su quehacer, no sólo la presentación actual -auténticos estrenos, de hecho- de ambas piezas, sino también los procedimientos de tratamiento de los clásicos que estaban vigentes en la escena española de ayer e, incluso, de hoy mismo.

En esto último, el Teatro Estudio de Alcalá debe mucho a Luis Dorrego, director de ambas piezas, cuya lectura escénica de los textos resulta, además de impecable, absolutamente digna de aplauso y admiración. Luis Dorrego y la compañía universitaria que dirige están instituyendo unos modos que, por la propia eficacia y coherencia que los anima, cuestionan -sin alharacas ni tinta hueca- el tipo de puesta en escena de los autores clásicos más conocido por el público español actual. Para hablar más claro -y dejando de lado otras de las numerosas experiencias -muchas de ellas, lamentables- que han poblado de clásicos la muy subvencionada y desproblematizadora escena española de la Postransición-, habrá que decir que son los procedimientos de la Compañía Nacional de Teatro Clásico los que están quedando en franca evidencia ante lo que está sucediendo en Alcalá. Si es bien cierto que el gran público conoce -a falta de nada mejor- las *versiones* actualizadoras -frivolizadoras- auspiciadas, desde hace algún tiempo, en el madrileño Teatro de la Comedia por su director, Adolfo Marsillach; no lo es menos que trabajos como *Céfalo y Pocris* y *La entretenida* han mostrado de modo bien palmario cómo es posible, a la vez, interesar al público, complacer y deleitar al espectador, leer con rigor los textos y guardar fidelidad a la idea escénica (tan nítida como potente, en el caso de Calderón) que éstos albergan bajo una letra que no es sólo estilo y discurso literario.

El Teatro Estudio de Alcalá, sí, ofrece íntegras las obras clásicas que representa. Tal proceder, desgraciadamente infrecuente en la escena española del momento, no sólo ha deparado el encomio de hispanistas, expertos y profesores de nuestro teatro clásico, sino que ha venido a confirmar lo que jamás debió ponerse en duda: la madurez intelectual de un público -de muchos, de todos los públicos que son- que no necesita acciones tutoriales y edulcoradoras de conflictos (con frecuencia, tan profundos como auténticos), sino que, antes bien, agradece la restitución del nivel de dignidad que no le escatima una dirección escénica que debe ser estricta y cordialmente respetuosa. El teatro clásico, a partir de ahora, no es ya una suma de preciosismos literarios y plásticos, sino la comunicación al espectador de creaciones que -más allá del simple compendio



de peripecias, entre costumbristas y fantásticas- revelan universos tan atrayentes y ricos como relevantes son los conflictos que encierran.

En efecto, la fórmula de la tragicomedia (que Lope sintetiza en su *Arte Nuevo* de 1609) incluye por igual los efectos dramáticos más sinceros y los episodios cómicos más desternillantes. A unos y otros habrá que otorgar el tratamiento escénico e interpretativo que, desde la propia teatralidad del autor, están reclamando. Por ello, la usual igualación de todos los materiales de una pieza clásica bajo el capisayo común de la farsa evidencia una idéntica falta de fe en los autores y en los espectadores. El verso clásico, maravillosas series de cadencias tan rítmicas cuanto sugerentes, debe y puede ser -el Teatro Estudio de Alcalá lo está haciendo-, no sólo bien declamado, sino bien interpretado y aun sentido. El espacio escénico no necesita de alardes arquitectónicos ni de faraónicos decorados; antes bien, las claves devienen de una fórmula específica, concebida para los muy concretos espacios del corral o, en el caso de *Céfalo y Pocris*, para el refinamiento técnico -pero no estructuralmente distinto- del ámbito palaciego.

Por lo demás, se trata aquí de un Calderón maravillosamente insólito y seductor. En la cumbre de su creación dramática -y también en la cúspide del edificio ideológico barroco-, el autor se sirve de una forma esencialmente paródica y cómicamente distanciadora para mostrar precisamente la cara oculta de su concepto dramático. Todo su teatro anterior está allí, genialmente troceado y recontextualizado en infinidad de motivos, situaciones, imágenes, personajes y versos concretos. Y todo el caudal literario -poético- del Siglo de Oro se halla en *Céfalo y Pocris*, salpicando sus versos y empedrando sus réplicas de claves, referencias y reclamos que estimulan la complicidad del espectador instruido y que constituyen una de las más portentosas muestras de intertextualidad deparadas por el teatro clásico. Es, en el fondo, la visión del mundo barroca, profundamente teatral por desengañada -o desengañada por conocedora del trasfondo teatral de la existencia- la que impregna los contornos de una peripecia maravillosamente cómica y profundamente transida de numerosos estratos de significación.

Los actrices y actores del Teatro Estudio de Alcalá deleitan y convencen una y otra vez, incluso en los obligados cambios de reparto, en proporción sólo comparable a la coherencia de su formación, a lo acertado de la dirección escénica y a la creciente experiencia acumulada ya por la mayor parte del elenco. Algunos de ellos, simplemente, brillan y asombran. Como lo han hecho en Almagro, de donde acaban de llegar. El juicio entusiasta de los expertos, que allí les ha sido otorgado incondicionalmente, era sin duda el espaldarazo destinado a confirmar el acierto en la elección de esta pieza: el Calderón de *Céfalo y Pocris*, hasta ahora inédito, constituye uno de los acontecimientos teatrales más importantes de entre los surgidos en el horizonte del teatro clásico español en los últimos años.

Manuel Pérez Jiménez *

* Crítica teatral publicada inicialmente en *Diario de Alcalá*, el 22 de marzo de 1996.

El Probrecito Apuntador



Crítica teatral (desde la escena)

Año:

1996

Autoría:

Pedro Calderón de la Barca

Lugar de representación:

Teatro Universitario de La Galera (Alcalá de Henares)

Dirección escénica:

Luis Dorrego

Compañía:

Teatro Estudio de Alcalá